

PROYECCIÓN ESTÉTICA Y SOCIOLÓGICA DE LOS PATIOS

C. CASAÑO SALIDO

ACADÉMICO CORRESPONDIENTE

Los patios de Córdoba se llevan la palma andaluza de los patios. Córdoba es una teoría, una teoría estética y sociológica, de patios múltiples e indescifrables. No voy yo esta noche y en este lugar, tan bien escogido para hablar de patios, a formular una teorización erudita o definitoria, y, menos aún, a clasificar sus variedades, ese consistir plural, protéico, que aquí, en el Palacio de Viana, tiene su mejor verificación, su más cumplido ejemplo. Me voy a ceñir a lo único posible: una divagación estética, desordenada -como suelen resultar siempre las cosas cordiales-, sobre nuestros patios innumerables.

Hay patios en Córdoba que no lo parecen, abiertos, de cuya presencia tenemos una larga costumbre. El patio principal de la casa grande es el Patio de los Naranjos, esa antesala de la mezquita-aljama, en donde predominan los árboles del azahar junto a algún olivo definitorio de esta tierra y a la palmera gallarda. El Patio de los Naranjos es el preludio acogedor de nuestro monumento más universal. Un bosque de naranjos que prefigura el otro bosque metafórico: el bosque de las columnas. Patio que casi no lo parece, como tampoco lo parecen esas callejas sin salida -la de Las Flores es el mejor ejemplo- o esas plazuelas peculiares -Las Tazas, Conde de Gavia, La Fuenseca, Compás de San Francisco, Capuchinas, San Bartolomé, Aguayo, el Indiano -que, en sentido lato, son patios de vecindad a los que se les han quitado los portones. Aquí, la plazuela no es la plaza anchurosa que distribuye la circulación, en donde se vive el bullicio del ágora, sino una sorpresa con fuente, flores y olor de intimidad: un sobresalto urbanístico, algo inesperado, espontáneo, que surgió al dejar de construirse, sabiamente, la casa de la esquina, o cuando entre dos casas hay otra casa que no está y su ausencia se ha convertido en un patio-plazuela que la sustituye, un patio-plazuela en donde, al menos antiguamente, los niños jugaban a sus anchas y los ancianos meditaban al sol mientras iban liando, con aplicada morosidad, el cigarrillo de picadura. Son patios auténticos esas plazuelas de Córdoba de acento interminablemente gongorino.

Y casi en las antípodas de esos patios abiertos, los patios claustrales, de los conventos que no se visitan y de los conventos que, al dejar de serlo y adaptarse a otras funciones, nos ofrecen, a la vista de todos, su armonía porticada, como la de los patios de la Merced o de las Nieves, hoy Diputación y Círculo de la Amistad. Sin salir de este ámbito religioso, los patios de los conventos que prologan la iglesia, pequeña, siempre impregnada de incienso y de olor a dulces; iglesia de retablo barroco, a un paso de lo

churrigueresco, adornado con flores de papel: amapolas, rosas de Alejandría, varas de nardos, pericones contrahechos. Son patios solados con piedras toscas, casi pedragones, arriates con lirios, ciprés hospitalario y buganvillas trepando por las altas paredes blancas para asomarse a la calle estrecha que los limita. Cuando la hermana portera descorre el cerrojo, que siempre chirría, abre el postigo y penetramos en el patio conventual nos invade una sensación inequívoca de hallarnos en una isla intacta donde la oración es un murmullo, un manso oleaje, la calma luce bordada al realce y la paz es algo sólido, que se puede degustar como un hojaldre, como una magdalena con forma de balandro.

También son una sorpresa, un hallazgo inesperado, los patios interiores de algunas casas solariegas, como en la que estamos. ¡Qué variedad de patios que nadie puede sospechar que se guardaban en el edificio! El patio de recibo es una obertura sinfónica, en donde no falta un acorde y la armonía se ofrece como un paradigma de equilibrios. ¡Qué patio!... el primero y, luego, ¡Cuántos patios! Uno parece jardín de Forestier en el que el aire de Córdoba, de la "Roma andaluza", se sintetiza, se imbrica, se confunde, con sus matices más determinadores: unas veces afrancesados y otras italianizantes. Y el patio con la impronta de Winthuysen, y el modesto patinillo de los gatos, semejante a los patios cortijeros, o el de la madama en donde rivalizan el jazmín y el ciprés. Sin embargo, yo me quedo con el patio de las rejas de Don Gome, concebido con una delicada simetría que tan bien compagina con la discreta cordura cordobesa que algunos llaman senequismo, fijándose en su anticipación romana y estoica. Es un patio definitorio de un carácter y de una manera de entender la belleza, en donde prima el matiz sobre la perspectiva, que pierde toda sensación de lejanía para hacerse rejas de Don Gome -antiguas rejas para *pelar la pava*, rejas de beso fugaz y abrazo imposible- y detenerse en los naranjos en espaldera que son como árboles modelados por la razón emocionada. Patio contemplado a todas horas por las macetas de geranios que, al fondo, ocupando un graderío de cinco escalones, son como espectadoras constantes de su propia belleza, que esperan en el improvisado anfiteatro un solo de violín interpretado por un músico invisible en el nocturno. Este patio de las rejas no es patio para guitarra y cante. En él reside la armónica ordenanza, la pureza original que debió de tener la geometría antes de Euclides.

También son patios ocultos, inesperados, llenos de recato, casi de pudor, los patios -ya van quedando muy pocos- de las antiguas familias labradoras, con *pater familias* a la usanza clásica, a los que se accedía por un portalón con poyete para subir a las caballerías que iban a la campiña cuando empezaban a abrirse en luz las livideces del alba y regresaban cuando la luz de gas de los faroles cerraba la noche con un acento de melancolía. Tras el portón estaba el patio grande, irregular, con la palmera altísima, poderosa, evasiva, sobresaliente, escapándose del recinto, del rectángulo, para ver otras alturas, para que el sol hiciera sus dátiles más dulces. Algún recuerdo de infancia muy temprana, de vacaciones de verano, me atrapa en un patio de la calle Consolación, cercano a San Nicolás de la Ajerquía, con dompedros brotando del empedrado, el limonero sarmentoso, crucificado en la pared, del que se cogían las frutas desde los balcones del primer piso; paredes de tapial, gruesas, roídas por las humedades, que culminaban en un tejado con jaramagal, ondeante, decrepito. Circundando al patio había muchos aposentos cerrados que despabilaban los miedos infantiles, igual que las descomunales salamanquesas, adheridas a la pared, como si fueran las hijas del caimán de la Fuensanta.

Muchos de estos patios devinieron en el patio de vivienda unifamiliar, muchas veces domicilio de plateros, de prósperos comerciantes, que ya enseñaban el patio a través de una cancela de hierro. Patios en donde hay una fuente de mármol, pequeña, como de juguete, fabricada, en las horas distraídas, por un marmolista de lápidas; platos y orzas de cobre; macetas, sobre maceteros, de hortensias, de aspidistras...;

zócalo alto de azulejos; y embutido en la pared del fondo, un altarcito con San Rafael o la Virgen de los Dolores, reproducidos, también en azulejos, y rematado por un tejadillo del que cuelgan dos farolitos de hierro forjado para iluminar la devoción. Estos patios tienen un hálito pequeñoburgués, de mecedora de rejilla, de fanal con pájaros disecados, de amarillo canario cantarín, de gato perezoso, de dueña en zapatillas, bata larga y bigudíes en el pelo, que echa el toldo cuando llega el verano y se siente feliz en la penumbra vivificante, abanicándose con el pay-pay y haciendo planes caritativos para socorrer a los pobres de la parroquia.

Y, por último, el patio vecinal, el patio para el concurso anual de los patios. Un patio en donde resplandece la fantasía. Todo en él es imaginación. Patio que, diariamente, se transfigura. A pequeña escala, la plaza mayor de esa vecindad que casi siempre malvive a trancas y barrancas. Es el patio de la modestia aseada y relimpia, que se debate, sin distinguirlas bien, entre la promiscuidad y la solidaridad; que por la mañana tiene que vivir como todos los días -abriendo los ventanucos con cortinas de cretona para que se aireen los dormitorios, impregnando el ámbito de olores domésticos: los ajos fritos para la ensalada de escarola, las sardinas asadas, la sopa de *avecrem* con yerbabuena...- pero que, a la caída de la tarde, tras recogerlo todo -magia, birlibirloque-, se aplican, se esmeran en acicalar el patio, su patio -dicen "mi patio" con todo el orgullo que guardan los posesivos-, barriéndolo con escobas de palma, regándolo con regaderas de flor, mimando a las macetas; y, luego, por la noche, gracias al jazminero y a la dama de noche, a las gitanillas que cubren de arriba a abajo las paredes, y, sobre todo, a ese que se yo qué, indefinible, pero evidente, que emana de las cosas hechas con amor, logran la transubstanciación del patio, el milagro eucarístico del patio más definitorio de la cultura popular de la ciudad: el patio cordobés por excelencia, del que se puede hablar y hablar tiempo y tiempo pero del que es imposible atrapar todo su encanto, toda su singularidad, cuando llega mayo, rebrotan las ilusiones y la ciudad se mira con complacencia en su propio espejo, mientras estallan las flores y todos los que saben soñar escuchan, en el duermevela, una música inextinguible, viva y perenne, que, a veces, tiene la profundidad de la guitarra honda